

Maurice

E. M. Forster

Maurice

Traducción de José Manuel Álvarez Flórez y
Ángela Pérez Gómez

Navoia

Primera edición

Octubre de 2022

Publicado en Barcelona por Editorial Navona SLU

Navona Editorial es una marca registrada de Suma Llibres SL

Aribau 153, 08036 Barcelona

navonaed.com

Dirección editorial Ernest Folch

Edición Laia Farrés

Diseño gráfico Alex Velasco i Gerard Joan

Maquetación y corrección Digital Books

Papel tripa Oria Ivory

Tipografías Heldane y Studio Feixen Sans

Distribución en España UDL Libros

ISBN 978-84-19311-31-3

Depósito legal B 13356-2022

Impresión Romanyà-Valls, Capellades

Impreso en España

Título original *Maurice*

© The Provost and Scholars of King's College, Cambridge, 1971

Todos los derechos reservados

© de la presente edición: Editorial Navona SLU, 2022

© de la traducción: José Manuel Álvarez Flórez y Ángela Pérez Gómez, 1983

Navona apoya el copyright y la propiedad intelectual. El copyright estimula la creatividad, produce nuevas voces y crea una cultura dinámica. Gracias por confiar en Navona, comprar una edición legal y autorizada y respetar las leyes del copyright, evitando reproducir, escanear o distribuir parcial o totalmente cualquier parte de este libro sin el permiso de los titulares. Con la compra de este libro, ayuda a los autores y a Navona a seguir publicando.

Índice

Primera parte	II
Segunda parte	79
Tercera parte	149
Cuarta parte	219
<i>Nota final</i>	283

Comenzada en 1913
Terminada en 1914
Dedicada a tiempos mejores

PRIMERA PARTE

I

Había un día del curso en que todo el colegio salía a dar un paseo —es decir, tomaban parte en él los tres maestros, en unión de todos los alumnos—. Solía ser una excursión agradable, y todo el mundo la esperaba con gusto, olvidaba viejos rencores y actuaba con libertad. Para que se resintiera menos la disciplina, tenía lugar siempre antes de las vacaciones, cuando la indulgencia no resultaba perjudicial, y realmente la gira parecía más una fiesta familiar que una actividad escolar, pues la señora Abrahams, la mujer del director, se reunía con ellos en el salón de té, con algunas damas amigas, y se mostraba hospitalaria y maternal.

El señor Abrahams era un profesor de escuela preparatoria a la vieja usanza. No se preocupaba ni del trabajo ni de los juegos, pero alimentaba muy bien a los muchachos y vigilaba que no se comportaran mal. Dejaba el resto a los padres, sin especular sobre lo que los padres le dejaban a él. Entre mutuas felicitaciones, los muchachos pasaban a un colegio de enseñanza secundaria rebosando salud, pero retrasados, para recibir allí, sobre su carne indefensa, los primeros golpes de la vida. Podría decirse mucho sobre el menosprecio de la formación intelectual, pero a los discípulos del señor Abrahams no solía irles mal y se transformaban en padres a su vez, y en algunos casos, le enviaban a sus hijos. El señor Read, el ayudante más joven, era un profesor del mismo tipo, solo que más estúpido, mientras que el señor Ducie, el decano,

actuaba como un estimulante, e impedía que todos se echaran a dormir. No resultaba muy agradable, pero sabían que era necesario. El señor Ducie era un hombre competente, ortodoxo, pero no totalmente desligado del mundo, ni incapaz de ver las dos caras de un problema. No era el adecuado para tratar con los padres ni con los muchachos más torpes, pero era bueno para los de primera fila, y hasta había instruido alumnos becados. No era un mal organizador. El señor Abrahams, mientras fingía llevar las riendas y preferir al señor Read, dejaba las manos libres al señor Ducie, y acabó por hacerle su socio.

El señor Ducie siempre tenía algo en la cabeza. En esta ocasión era Hall, uno de los muchachos mayores, que les dejaba para ingresar en un colegio privado. Quería tener una «larga charla» con Hall durante el paseo. Sus colegas ponían objeciones, debido a que esto les dejaría más trabajo, y el director subrayaba que ya había hablado él con Hall y que el muchacho preferiría hacer su última excursión con sus condiscípulos. Esto era probable, pero al señor Ducie nadie le disuadía nunca de hacer lo que era correcto. Sonrió y guardó silencio. El señor Read sabía en qué consistiría la «larga charla», pues al poco de conocerse habían tocado aquel tema profesionalmente. El señor Read no estaba de acuerdo. «Terreno resbaladizo», había dicho. El director ni lo sabía ni habría querido saberlo. Separándose de sus alumnos cuando cumplían los catorce años, olvidaba que se habían hecho casi hombres. Le parecían una raza de seres pequeños pero completos, como los pigmeos de Nueva Guinea, «mis muchachos». Y eran aún más fáciles de comprender que los pigmeos, porque nunca se casaban y raras veces fallecían.

Célibes e inmortales, la larga procesión pasaba ante él variando en su número de veinticinco a cuarenta por tanda. «Yo no veo ninguna utilidad en los libros de educación. Ya había muchachos mucho antes de que se pensara en ese asunto de la educación». El señor Ducie se sonreía, pues estaba empapado de evolucionismo.

Pasemos a los muchachos.

—¿Puedo cogerle de la mano?... Usted me lo prometió... Las dos manos del señor Abrahams están ocupadas, y todas las del señor Read...

—Oh, señor, ¿no le ha oído? ¡Cree que el señor Read tiene tres manos!...

—No es verdad, yo dije «dedos». ¡Envidioso! ¡Envidioso!

—¡Cuando hayas acabado...!

—¡Señor!

—Yo pasearé ahora solo con Hall.

Hubo gritos de protesta. Los otros profesores, viendo que aquello no conducía a nada bueno, apartaron a la jauría y la condujeron por el acantilado hacia las dunas. Hall, triunfante, caminaba al lado del señor Ducie, sintiéndose demasiado mayor para cogerle de la mano. Era un chaval guapo y regordete, que no destacaba por nada en especial. En esto se parecía a su padre, que había formado parte de la procesión veinticinco años antes, había desaparecido en un colegio privado, se había casado, tenido un hijo y dos hijas, y fallecido recientemente de neumonía. El señor Hall había sido un buen ciudadano, pero bastante gris. El señor Ducie se había informado sobre él antes de iniciar el paseo.

—Bien, Hall, esperando un sermoncito, ¿eh?

—No sé, señor. El señor Abrahams me echó uno al darme *Those Holy Fields*. La señora Abrahams me regaló unos gemelos. Los compañeros me dieron una colección de sellos de Guatemala que valen dos dólares. ¡Mire, señor! Los del papayo en la columna.

—¡Espléndido, espléndido! ¿Qué te dijo el señor Abrahams? Supongo que te diría que eras un miserable pecador.

El muchacho se rio. No entendía al señor Ducie, pero se daba cuenta de que quería resultar divertido. Se sentía a gusto porque era su último día de clase, y aunque hiciera algo mal no le reñirían. Además, el señor Abrahams le había declarado alumno modelo: «Estamos orgullosos de él; nos honrará en Sunnington». Había visto el principio de la carta dirigida a su madre. Y los muchachos le habían inundado de regalos, declarando que era un valiente.

Una gran mentira, él no era valiente: tenía miedo a la oscuridad. Pero nadie lo sabía.

—Bien, ¿qué dijo pues el señor Abrahams? —repitió el señor Ducie, cuando llegaron a la arena.

El muchacho se veía amenazado por una larga charla, y lo que deseaba era estar en el acantilado con sus amigos, pero sabía que el deseo es inútil para un muchacho cuando está con un hombre.

—El señor Abrahams me dijo que imitara a mi padre.

—¿Nada más?

—Que nunca haga nada delante de mi madre que me die-se vergüenza. Nada me irá mal entonces. Y que el colegio será muy diferente de esto.

—¿Te dijo el señor Abrahams cómo será?

—Habrá toda clase de dificultades... Será más parecido al mundo.

—¿Te dijo cómo es el mundo?

—No.

—¿Se lo preguntaste?

—No, señor.

—No fue muy inteligente de tu parte, Hall. Es necesario aclarar las cosas. El señor Abrahams y yo estamos aquí para responder a vuestras preguntas. ¿Cómo supones tú que es el mundo... el mundo de los mayores?

—No puedo decirlo. Soy un niño —dijo, muy sinceramente—. ¿Los mayores son muy traicioneros, señor?

Al señor Ducie le hizo gracia aquello y le preguntó qué ejemplos de traición había visto. Él replicó que los mayores eran amables con los niños, pero ¿no andaban siempre engañándose entre sí? Abandonando sus gestos de escolar, comenzó a hablar como un niño, de forma graciosa e imaginativa. El señor Ducie se tendió en la arena a escucharle, encendió su pipa y miró hacia el cielo. El pueblecito costero donde vivían quedaba ahora atrás, lejos, y el resto del colegio lejos también, hacia delante. El día era gris y sin viento, y el sol y las nubes apenas sí se diferenciaban.

—Vives con tu madre, ¿verdad? —le interrumpió, viendo que el muchacho había adquirido confianza.

—Sí, señor.

—¿Tienes hermanos mayores?

—No, señor... Solo Ada y Kitty.

—¿Y tíos?

—No.

—Así que no conoces muchos hombres.

—Mamá tiene un cochero y está George, que atiende el jardín; pero, claro, usted quiere decir señores. Mamá tiene tres doncellas que cuidan de la casa, pero son tan perezosas que ni siquiera repasan las medias de Ada. Ada es la mayor de mis hermanas pequeñas.

—¿Cuántos años tienes?

—Catorce y tres cuartos.

—Bueno, eres un pobrecito ignorante.

Ambos se rieron. Después de una pausa, dijo:

—Cuando yo tenía tu edad, mi padre me dijo algo que me resultó muy útil y que me ayudó mucho.

Era falso: su padre nunca le había dicho nada, pero necesitaba un prelude para lo que iba a decir.

—¿Él se lo dijo, señor?

—¿Quieres que te diga lo que fue?

—Sí, por favor.

—¡Te hablaré durante unos minutos como si fuese tu padre, Maurice! Y te llamaré por tu verdadero nombre.

Entonces, amablemente y con gran sencillez, le informó del misterio del sexo. Habló del varón y de la hembra, creados por Dios en el principio de los tiempos, con el fin de que la tierra pudiese poblarse, y del periodo en que el varón y la hembra reciben sus poderes sexuales.

—Tú estás precisamente comenzando a hacerte un hombre ahora, Maurice, por eso te digo todo esto. No es una cosa que pueda decirte tu madre, y no debes mencionársela a ella ni a ninguna otra dama; y si en el nuevo colegio al que vas a ir, los muchachos te lo mencionan, hazles callar; diles que ya lo sabes. ¿Habías oído hablar de esto antes?

—No, señor.

—¿Ni una palabra?

—No, señor.

Aún humeando su pipa, el señor Ducie se levantó, y eligiendo un espacio liso en la arena, hizo sobre él unos dibujos con su bastón. «Esto aclarará más las cosas», dijo al muchacho, que observaba obtusamente: aquello no tenía la menor relación con su experiencia. Se mantenía atento, como era lógico, pues era el único alumno de la clase y sabía que el tema era serio y que se relacionaba con su propio cuerpo. Pero no se podía identificar con ello. Se deshacía en fragmentos tan pronto como el señor Ducie lo resumía, como una suma imposible. En vano lo intentaba. Su torpe cerebro no despertaría. La pubertad estaba allí, pero no la comprensión, y la virilidad se introducía en él, como debe ser siempre, igual que en un trance. Era inútil penetrar en aquel trance. Inútil describirlo, aunque se hiciese de modo científico y con benevolencia. El muchacho asiente y vuelve a su sueño, del que nadie lo sacará antes de que llegue su hora.

El señor Ducie, aparte de su ciencia, se sentía inclinado hacia él. Realmente demasiado inclinado; atribuía complejos sentimientos a Maurice, y no comprendía que el muchacho o no entendería nada o se sentiría abrumado.

—Todo esto es bastante molesto —dijo—, pero uno debe superarlo, no hay que hacer de ello un misterio. Después llegan las grandes cosas: Amor, Vida.

Hablaba con fluidez, pues ya había tenido charlas del mismo cariz con otros muchachos, y sabía el tipo de preguntas que solían hacer. Maurice no preguntaría; solo dijo: «Ya veo, ya, ya», y al principio el señor Ducie temió que no le entendiese.

Lo examinó. Las respuestas eran satisfactorias. La memoria del muchacho era buena y —el ser humano está fabricado con un tejido tan curioso— había llegado a desarrollar una suerte de comprensión espúrea, una superficie dispuesta a reflejar la llama iluminadora de la inteligencia del adulto. Al final preguntó una o dos cosas acerca del sexo, de modo muy preciso. El señor Ducie quedó muy complacido.

—Muy bien —dijo—, ya no tienes por qué preocuparte ni sorprenderte.

Aún quedaban el amor y la vida, y el señor Ducie tocó este tema mientras continuaban andando por la orilla de aquel mar incoloro. Habló del hombre ideal, casto y ascético. Dibujó la gloria de la mujer. Comprometido en matrimonio, se había hecho más humano, y sus ojos brillaban tras las gruesas gafas; sus mejillas enrojecían. Amar a una noble mujer, protegerla y servirla, esto, dijo al muchacho, era la coronación de la vida.

—Tú no puedes comprenderlo ahora, pero lo comprenderás algún día, y cuando lo comprendas, te acordarás de este pobre y viejo maestro que te guio al principio de la ruta. Todo ello va junto, todo, y arriba en el cielo, Dios. Todo es correcto en el mundo. ¡Varón y hembra! ¡Qué maravilla!

—Yo creo que nunca me casaré —subrayó Maurice.

—Dentro de diez años os invito a ti y a tu mujer a cenar con mi mujer y conmigo. ¿Aceptas?

—¡Oh, sí señor! —el niño sonrió complacido.

—Es un trato, ¡eh!

Era de todos modos un buen chiste para terminar. Maurice estaba conmovido y comenzó a pensar en el matrimonio. Pero cuando enfilaban playa adelante, el señor Ducie se

detuvo, y se agarró las mandíbulas como si le doliesen todos los dientes. Se volvió y miró la larga extensión de arena que quedaba tras ellos.

—Ojalá no hubiese garrapateado nunca esos diagramas infernales —dijo lentamente.

Hacia el lejano final de la bahía se veía a un grupo de gente que caminaba tras ellos, también por la orilla del mar. Su ruta les llevaría al mismo lugar donde el señor Ducie había hecho su ilustración del sexo. Y en el grupo iba una dama. Retrocedió corriendo, aterrado.

—Señor, no pasará nada —gritó Maurice—. La marea lo habrá cubierto ya.

—Dios del cielo... Gracias a Dios... La marea está subiendo.

Y de pronto, durante un instante, el muchacho lo despreció. «Mentiroso», pensó. «Mentiroso, cobarde, no me está diciendo nada»... Después la oscuridad avanzó de nuevo, la oscuridad es primigenia pero no eterna, y produce su propia y dolorosa aurora.

II

La madre de Maurice vivía cerca de Londres, en una confortable villa rodeada de pinos. Allí habían nacido él y sus hermanas, y desde allí salía su padre para ir al trabajo todos los días, y allí volvía. Estuvieron a punto de abandonarla cuando se construyó la iglesia, pero se acostumbraron a ella, como a todo, y hasta la consideraron después una comodidad. La iglesia era el único lugar al que la señora Hall tenía que ir, aparte de las tiendas. La estación tampoco estaba muy lejos,

ni lo estaba un colegio aceptable para las niñas. Era una zona de facilidades, donde no había que batallar por nada, y donde el éxito era indistinguible del fracaso.

A Maurice le gustaba la casa, y reconocía a su madre como su genio rector. Sin ella, no habría blandos sofás, ni comida, ni agradables juegos, y él le estaba agradecido por proporcionarle tantas cosas, y la amaba. También le gustaban sus hermanas. Cuando llegó, salieron entre gritos de alegría, cogieron su abrigo y se lo entregaron a los sirvientes en el vestíbulo. Era muy bonito ser el centro de atención y poder presumir hablando del colegio. Sus sellos de Guatemala fueron muy admirados. También lo fue *Those Holy Fields* y la fotografía de un cuadro de Holbein que el señor Ducie le había dado. Después del té aclaró el tiempo, y la señora Hall se puso los chanclos y recorrió con él el jardín. Iban besándose y conversando al azar.

—Morrie...

—Mami...

—Ahora yo debo procurar que mi Morrie lo pase muy bien.

—¿Dónde está George, mamá?

—Esos informes tan espléndidos del señor Abrahams. Dice que le recuerdas a tu pobre padre... ¿Y qué vamos a hacer ahora, en estas vacaciones?

—Aquí es donde más me gusta estar.

—Hijo querido... —Le abrazó, más tiernamente que nunca—. No hay nada como el hogar, es verdad... Sí, tomates... —Le gustaba recitar los nombres de las verduras—. Tomates, zanahorias, brécoles, cebollas...

—Tomates, brécoles, cebollas, patatas —tarareó el muchacho.

—Grellos...

—¿Dónde está George, mamá?

—Se marchó la semana pasada.

—¿Por qué se marchó? —preguntó.

—Era demasiado mayor ya. Howell siempre cambia al muchacho cada dos años...

—Oh.

—Grellos —continuó ella—, otra vez patatas, remolachas... Morrie, ¿te gustaría hacer una pequeña visita al abuelo y a tía Ida si nos piden que vayamos? Quiero que te diviertas mucho en estas vacaciones, querido. Te has portado tan bien... Y el señor Abrahams es un hombre tan bueno, ¿ves?, tu padre también fue a esa escuela, y vamos a enviarte al viejo colegio de tu padre también, a Sunnington, con el fin de que puedas llegar a ser como tu querido padre en todas las cosas.

Un gemido la interrumpió.

—Morrie, querido...

El muchacho estaba llorando.

—Cariño, ¿qué es eso?

—No sé... No sé...

—Pero por qué, Maurice...

Él meneó la cabeza... Ella lamentó su fracaso, el no haber podido hacerle feliz, y comenzó a llorar también. Salieron las muchachas, diciendo:

—Mamá, ¿qué le ocurre a Maurice?

—Oh, nada —gimió él—. Kitty, lárgate...

—Está muy cansado —dijo la señora Hall; era su explicación para todo.

—Estoy muy cansado.

—Vete a tu cuarto, Morrie... Oh, querido, esto es realmente demasiado horrible.

—No... Estoy muy bien.

Apretó los dientes, y una gran masa de llanto que le había abrumado al salir a la superficie comenzó a hundirse. Podía sentir cómo descendía a su corazón, hasta que perdió la conciencia de ella. Miró a su alrededor con ferocidad y con los ojos secos.

—Jugaré a las damas.

Antes de que las fichas estuvieran colocadas, estaba ya hablando como antes; el colapso infantil se había desvanecido.

Golpeó a Ada, que le adoraba, y a Kitty, que no, y después corrió de nuevo hasta el jardín para ver al cochero.

—¿Cómo está, Howell? ¿Cómo está la señora Howell? ¿Cómo está, señora Howell? —Todo ello con un tono paternalista en la voz, diferente del que usaba con los de su clase. Después, alterando el tono—: ¿No hay un nuevo aprendiz de jardinero?

—Sí, señorito Maurice.

—¿Era George muy mayor ya?

—No, señorito Maurice. Quiso mejorar.

—Oh, quiere usted decir que se despidió.

—Así es.

—Mamá me dijo que era ya muy mayor y que usted lo había despedido.

—No, señorito Maurice.

—Mis pobres pilas de leña quedarán tranquilas —dijo la señora Howell. Maurice y el anterior aprendiz de jardinero solían jugar entre ellas.

—La leña es de mamá, no suya —dijo Maurice, y salió de allí.

Los Howell no se sintieron ofendidos, aunque así lo pretendieron aparentar entre sí. Habían sido criados toda la vida, y les gustaba que un caballero fuese impertinente. «Ya tiene carácter —dijeron al cocinero—. Se parece a su padre».

Los Barry, que vinieron a cenar, eran de la misma opinión. El doctor Barry era un viejo amigo, o más bien vecino, de la familia, y se tomaba un moderado interés por ellos. Nadie podía sentirse profundamente interesado por los Hall. A él le agradaba Kitty —había indicios de energía en ella—, pero las muchachas estaban en la cama, y el doctor comentó con su mujer, después, que Maurice también debería haber estado allí, y «quedarse allí para toda la vida, que es lo que le gustaría. Como su padre. ¿Para qué sirve la gente así?».

Cuando Maurice se fue a la cama, lo hizo a regañadientes. Aquel cuarto siempre le aterraba. Se había portado como un hombre toda la velada, pero volvió a asediarse el viejo sentimiento en cuanto su madre le dio el beso de buenas noches. El problema era el espejo. No le importaba ver su cara reflejada en él, ni tampoco la sombra en el techo, pero lo que no podía soportar era ver su sombra en el techo reflejada en el espejo. Debía de colocar la vela para evitar aquella combinación, y después atreverse a apagarla y ser atrapado por el miedo. Sabía lo que era esto, no le recordaba nada horrible. Pero tenía miedo. Al final apagaría la vela y saltaría a la cama. La total oscuridad podía soportarla, pero aquella habitación tenía además el defecto de que había enfrente un farol de la calle. En las noches claras, la luz atravesaba las cortinas silenciosamente, pero a veces se dibujaban sobre los muebles borrones

como calaveras. Su corazón latía agitado, y el terror le cubría, allí en su casa, con todos los suyos cerca.

Cuando abrió los ojos para ver si se habían hecho más pequeños los borrones, se acordó de George. Algo se agitó en las profundidades insondables de su corazón. Murmuró: «George, George». ¿Quién era George? Nadie... solo un simple criado. Mamá y Ada y Kitty eran mucho más importantes. Pero Maurice era demasiado pequeño para razonar así. Ni siquiera advirtió que cuando dejaba brotar aquel lamento se borraban las sombras espectrales y caía dormido.

III

Sunnington fue la siguiente etapa de la carrera de Maurice. La atravesó sin llamar la atención. No era demasiado bueno en los estudios, aunque mejor de lo que aparentaba, ni espectacularmente bueno en los deportes. La gente se fijaba en él, le apreciaban, pues tenía un rostro franco y amistoso y correspondía a la atención que se le prestaba, pero había bastantes muchachos de su tipo: formaban la columna vertebral del colegio y no se puede detener uno en cada vértebra. Hacía las cosas normales: fue aceptado, una vez aprobado, pasó de curso a curso en la sección clásica hasta que logró pasar precariamente al sexto, fue delegado de curso y más tarde delegado del colegio y miembro del grupo de los quince primeros. Aunque torpe, tenía fuerza y valor físico: el críquet no se le daba bien. Habiendo pagado novatadas, en su época de noviciado, se las hizo pagar a otros cuando parecían desvalidos o débiles, no porque fuese cruel, sino porque era lo

que había que hacer. En una palabra, fue un miembro mediocre de un mediocre colegio y dejó una desvaída y favorable impresión tras él. «¿Hall? Espera un momento, ¿quién era Hall? Ah, sí, ya me acuerdo; buen muchacho».

En su interior, él se sentía desconcertado. Había perdido la claridad precoz del niño que transfigura y explica el universo, que ofrece respuestas de milagrosa penetración y belleza. «De las bocas de los niños...». Pero no de la boca de un muchacho de dieciséis años. Maurice olvidó que alguna vez había carecido de sexo, y solo en la madurez comprendió lo ajustadas y claras que debieron ser las sensaciones de sus primeros días. Él se hundía ahora alejándose cada vez más de ellas, pues estaba descendiendo el Valle de la Sombra de la Vida. Este valle yace entre las montañas más bajas y las más altas, y sin respirar sus nieblas nadie puede continuar. Anduvo a tientas por él más tiempo que los otros muchachos.

Donde todo es oscuro e incomprensible, el mejor símil es un sueño. Maurice tuvo dos sueños en el colegio; ellos le explican.

En el primer sueño se sentía muy contrariado. Estaba jugando al fútbol contra un desconocido cuya existencia le incomodaba. Hizo un esfuerzo y el desconocido se transformó en George, el jardinero. Pero debería tener cuidado, o si no el desconocido volvería a aparecer. George corría por el campo hacia él, desnudo y saltando sobre las pilas de leña. «Me volveré loco si se transforma otra vez», dijo Maurice, y justo cuando fueron a encontrarse, sucedió esto, y un brutal desasosiego le despertó. No relacionó esto con la homilía del señor Ducie, y aún menos con su segundo sueño, pero

pensó que iba a ponerse enfermo, y después que aquello era una especie de castigo por algo.

El segundo sueño es más difícil de describir. Nada sucedía. Solo veía un rostro, confusamente, y confusamente oía una voz decirle: «Aquel es tu amigo». Después se borraba todo, dejando en su interior un rastro de belleza y llenándole de ternura. Él podía morir por un amigo así, podía permitir que un amigo así muriese por él; harían cualquier sacrificio el uno por el otro, y nada contaba el mundo, ni la muerte ni la distancia ni las contrariedades, nada de esto podía separarlos, porque «este es mi amigo». Poco después recibió la confirmación e intentó persuadirse de que el amigo había de ser Cristo. Pero Cristo tenía barba. ¿Sería un dios griego tal como lo mostraban las ilustraciones del diccionario clásico? Era más probable, pero aún lo era más que fuese solo un hombre. Maurice se abstuvo de definir más su sueño. Lo había insertado en la vida cuanto podía hacerse. Jamás encontraría a aquel hombre ni oiría aquella voz de nuevo, aunque se hicieran más reales que nada de cuanto conocía, y volverían...

—¡Hall! ¡Otra vez dormido! ¡Cópialo cien veces!

—Señor... ¡Oh! Dativo absoluto.

—Otra vez dormido. Demasiado tarde.

... y volverían realmente a envolverle, en plena luz del día, a echar un velo sobre él. Después reviviría el rostro y las cuatro palabras tras lo que emergía anhelante de ternura y lleno de deseos de ser amable con todos, porque su amigo lo deseaba, y era bueno que su amigo pudiese quererle aún más. Con toda esta felicidad iba mezclada una cierta desdicha. Tan pronto parecía que tenía un amigo como que no lo tenía, y

así encontraba un solitario lugar para las lágrimas, que atribuía a las cien líneas.

La vida secreta de Maurice puede comprenderse ya; era en parte brutal, en parte ideal, como sus sueños.

Tan pronto como su cuerpo se desarrolló, se hizo obsceno. Suponía que había caído sobre él alguna maldición especial, pero no podía evitarla, pues hasta cuando comulgaba surgían pensamientos sucios en su mente. El ambiente de la escuela era casto, aunque debemos decir que, justo antes de su llegada, se había producido un terrible escándalo. La oveja negra había sido expulsada, y los que quedaban estaban sometidos a una férrea disciplina durante todo el día y a vigilancia durante la noche, así que, para su suerte o su desgracia, tenía pocas oportunidades de intercambiar experiencias con sus discípulos. Sentía gran curiosidad por las cosas sucias, pero oía poco y contribuía menos, y sus indecencias más notables las hacía en solitario. Libros: la biblioteca del colegio era inmaculada, pero en la de su abuelo dio con un Marcial inexpurgado y anduvo dando traspies en él con las orejas coloradas. Pensamientos: tenía una pequeña colección de pensamientos sucios. Actos: desistió de ellos una vez que dejaron de ser novedad, hallando que le proporcionaban más fatiga que placer.

Todo lo cual, para ser exactos, tuvo lugar en un trance. Maurice se había quedado dormido en el Valle de las Sombras, lejos de los picos de cualquier altura, y no lo sabía, ni sabía que sus condiscípulos estaban durmiendo como él.

La otra mitad de su vida parecía infinitamente separada de la obscenidad. A medida que fue ambientándose en el colegio, fue comenzando a adorar a otros muchachos. Cuando

el muchacho elegido, fuese mayor o más joven que él, estaba presente, él reía con más fuerza, decía tonterías y no podía estudiar. No se atrevía a ser amable —no era lo que había que hacer—, y aún menos a expresar su admiración con palabras. Y el adorado le dejaba sumido en la tristeza enseguida ahuyentándolo. Pero también él tenía sus venganzas. Otros muchachos a veces lo adoraban a él, y cuando se daba cuenta de ello, los ahuyentaba a su vez. La adoración fue mutua en un caso, sintiéndose los dos atraídos sin saber por qué, pero el resultado fue el mismo. En unos cuantos días se pelearon. Todo lo que quedó del caos fueron los sentimientos de belleza y de ternura que él había sentido por primera vez en un sueño. Crecían anualmente, floreciendo como plantas que solo dan hojas y no muestran ninguna señal de florecer. Hacia el final de su educación en Sunnington, el crecimiento se detuvo. Frente a todo el complejo proceso se alzó un dique, un silencio, y, muy tímidamente, el joven comenzó a mirar a su alrededor.

IV

Tenía casi diecinueve años.

Estaba en el estrado el día del reparto de premios, recitando una composición griega de la que era autor. El local estaba lleno de estudiantes y familiares, pero Maurice fingía dirigirse a la Conferencia de La Haya, reprochándole la estupidez de sus principios. «¿Qué insensatez es esta, *oh andres Europaici*, de pretender abolir la guerra? ¿Cómo? ¿No es Ares el hijo del propio Zeus? Además, la guerra te hace vigoroso